

# EL CONDE DE KEYSERLING Y AMERICA LATINA, CONTINENTE DE LA ESPERANZA\*

(Cultura de la verdad y cultura de la belleza)

Ana Escribar  
Universidad de Chile

## Introducción

**RE** El Conde Hermann Keyserling nació en Kovno, Lituania, en 1880 y murió en 1946. Estudió ciencias naturales en Ginebra, Heidelberg y Viena, y finalmente filosofía en Berlín.

Dedicó gran parte de su vida a los viajes, recorriendo Europa, Norte y Sudamérica y varios países del Oriente. Se interesó vivamente en las culturas de los países que visitó, dando de ellas descripciones e interpretaciones en numerosas conferencias. Dedicó libros especiales a Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, uno de los cuales, la “Meditaciones Suramericanas”, constituirá, en esta ocasión, el objeto de nuestras reflexiones.

Antes de entrar en materia, creo que sería conveniente explicar por qué se me ocurrió la peregrina idea de ocuparme del Conde Keyserling, del que, por lo menos que yo sepa, nadie se ha acordado en muchísimos años.

Sucede que con ocasión del III Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en abril de 1979, presenté un trabajo en el que defendía la necesidad y la legitimidad de un retorno de la filosofía a su papel de “sabiduría”, a lo que en mi opinión constituyó su tarea esencial y su verdadera tradición, hasta que se dejó deslumbrar por el método y el criterio de verdad de la ciencia experimental: la búsqueda y el otorgamiento de sentido al universo y al hombre dentro de él.

En ese trabajo, trataba yo de contrastar el objeto y el método de la filosofía con los de la ciencia, y de esbozar un criterio de verdad filosófico distinto del científico. En la última parte, hacía una somera descripción de ciertas carac-

\*Todas las citas están extraídas de las “Meditaciones Suramericanas” de Hermann Keyserling. Traducción del alemán de Luis López Ballesteros y De Torres. Edit. Zig-Zag. Por lo tanto, se hace sólo referencia a las páginas correspondientes.

terísticas de Latinoamérica, tales como su falta de identidad definitiva, atribuyéndola a su dependencia económica y a su marginación con respecto a una labor creativa dentro de la civilización científico-tecnológica. Formulaba luego la esperanza de que nuestro continente, precisamente a causa de sus carencias, que se traducirían en último término en una disponibilidad frente al futuro, fuera el llamado a aportar a la humanidad actual esa “sabiduría”, ese “sentido”, del que tan dolorosamente carece.

A raíz de esto, un muy estimado colega y amigo, que actuó de moderador durante la sesión en que expuse mi trabajo, me ofreció el libro de Keyserling, “Meditaciones Suramericanas”.

Al tomar contacto con este autor para mí desconocido, me encontré con la sorpresa de que había fundado en Darmstadt, en 1920, una “Escuela de la Sabiduría”, cuya noción central era la del “sentido”. Defendía él allí, y en las publicaciones periódicas que de esta escuela surgieron, lo que él llama el “conocimiento creador”, propio del arte, pero que según él debe manifestarse también en forma preeminente en el pensamiento filosófico. Este “conocimiento creador” supone una intuición interpretativa del sentido del universo en función de la vida del hombre, debiendo entenderse ésta, en última instancia, como impulso creador.

Esta “sabiduría” que él propicia, tiene más puntos de contacto con el arte que con la ciencia, entendida en el contexto contemporáneo de ciencia experimental. Porque esta última, según Keyserling, pretende alcanzar una comprensión del mundo de la experiencia tal cual éste es, tratando de reducir al mínimo el papel de la subjetividad. El arte, en cambio, sería la creación que surge cuando la realidad es sentida y vivida desde la subjetividad; similarmente, la “sabiduría”, lejos de aspirar a descubrir, como la ciencia, una pretendida “verdad objetiva” independiente del hombre, tendería a crear una “verdad humana” al atribuir al universo un sentido en función, precisamente, del hombre.

Esta “sabiduría” sería, pues, como la obra de arte, una creación, y lo creado por ella sería nada menos que un universo nuevo. Así como el escultor crea del mármol la estatua, sin que el mármol deje de ser tal, el “conocimiento creador” forja una realidad diferente al estructurar la visión del mundo en torno a la intuición de un sentido “para” el hombre.

Descubrí además que, consecuente con su noción de “sabiduría”, Keyserling atribuye la deshumanización que él cree detectar en la civilización occidental, a la intelectualización excesiva del hombre. Esta derivaría de la deificación del ideal de la ciencia, o quizás más bien, de la absolutización de una determinada forma de conocimiento, el de la ciencia experimental, en detrimento de la búsqueda del “sentido”.

Descubrí, finalmente, para completar mi sorpresa, que atribuye a Latinoamérica la capacidad potencial de crear esta “sabiduría”, que vendría a remediar dicha deshumanización, al impulsar el surgimiento de una “cultura de la belleza”, inspirada en el “conocimiento creador”, por contraposición a la “cultura de la verdad” imperante en Occidente, apoyada unilateralmente en el intelecto.

En la obra de Keyserling se discierne con claridad la influencia de Bergson, de Dilthey y, en general, de las tendencias vitalistas. Nuestras reflexiones, sin embargo, no tenderán a analizar el alcance de estas influencias, ni la posible originalidad o rigurosidad del pensamiento filosófico del autor. Sea o no original, sea o no riguroso, hay algo, a mi juicio, de lo que no cabe la menor duda: la obra que ahora comentaremos está llena de sugerencias para quien, como Latinoamérica, busca un poco a ciegas su propia identidad.

Pienso que a pueblos como los nuestros, que en medio de un mundo que los desconoce son los primeros en ignorar sus propios valores, no puede menos que resultarles de interés el escuchar una voz que los identifica como el “Continente de la Esperanza”, aunque el autor no usa específicamente esta frase, basándose justamente en aquello que ha sido considerado siempre como nuestra mayor debilidad: nuestra vida regida por la emoción y nuestra carencia de una intelectualidad original y profunda.

He aquí por qué creo que vale la pena que nos ocupemos de Keyserling, aunque en este momento, por lo menos en nuestro medio, se lo ignore.

Iniciemos, pues, nuestras reflexiones en torno a las “Meditaciones Suramericanas”, no sin antes advertirles que lo que les entrego es, en realidad, mi propia lectura, mi interpretación extraída muchas veces de entre líneas —ya les digo que es un libro sugerente— sin que, por desgracia, podamos preguntarle al autor si está o no de acuerdo con ella.

## I. CULTURA DE LA VERDAD Y CULTURA DE LA BELLEZA

“Hay tantas posibilidades cósmicas como la imaginación puede concebir. Ha habido tantas realidades cósmicas como imaginaciones han podido imponerse. Partiendo de este punto llegamos al único concepto de verdad que es posible sostener cósmicamente y que coincide con el de la correspondencia entre el sujeto y el objeto”. Pero “la correspondencia puede significar que el espíritu creador transforma el universo a su imagen y semejanza”... “Esto, y nada más ni menos, han significado las conquistas del mundo por las religiones y las filosofías. Al enseñar éstas una visión diferente del mundo exterior se hizo éste realmente diferente”. Por lo tanto, “sin prejuicio alguno metafísico puede considerarse demostrado que el espíritu colabora en la creación del

universo” y que “en nuestro mundo humano, el espíritu que experimenta para sí, impone al universo sus propias relaciones y confiere un sentido, es incluso la última instancia”<sup>1</sup>.

Me parece que estas líneas, entresacadas de la Meditación primera, sintetizan los conceptos centrales del pensamiento de Keyserling. Las utilizaremos, pues, como punto de apoyo para exponer aquellos aspectos de esta obra que nos interesan directamente: aquellos que desembocan en el papel que él atribuye al continente latinoamericano en la gestación del futuro de la humanidad.

Sería quizás conveniente, antes de iniciar nuestro análisis, aclarar un punto. El universo en cuya creación colabora el espíritu, es el universo del “sentido”, vale decir, el universo “para” el hombre. No hay, pues, en el texto citado, un planteamiento referente a la naturaleza última de lo real. De allí su afirmación acerca de la ausencia de “prejuicio metafísico”. Centremos ahora nuestra atención en su definición de la verdad.

### 1. *Concepto de verdad*

De acuerdo con nuestra cita, la verdad reside en la correspondencia entre el sujeto y el objeto, pero se trata de una correspondencia que no surge como producto del fiel reflejo del objeto en el sujeto, sino que, a la inversa, emana de una transformación impuesta sobre el objeto por el sujeto que conoce.

Ahora bien, esta transformación va, quizás, más allá de la configuración kantiana del objeto en objeto de conocimiento. No se trata sólo, para Keyserling, de imponer un orden al caos de las sensaciones enmarcándolas en las formas de la sensibilidad, sino de imponer al universo un sentido del que, sin el hombre, tal vez carecería.

Se trata, por lo tanto, de un concepto de verdad en el que no está involucrado un descubrimiento objetivo, sino una creación subjetiva. El hombre crea la verdad al otorgar un sentido al universo, con lo cual hace de éste un mundo nuevo, a su imagen y semejanza. Es por eso que afirma que “hay tantas posibilidades cósmicas como la imaginación pueda concebir” y que “ha habido tantas realidades cósmicas como imaginaciones han podido imponerse”.

¿En qué consiste esta atribución de sentido, esta creación de la verdad? En “el triunfo de la verdad espiritual interna sobre la verdad natural”<sup>2</sup>; en la imposición de las normas del mundo interior sobre el mundo exterior; en lo

<sup>1</sup>15.

<sup>2</sup>319.

que Keyserling llama la “espiritualización del universo”, proceso que se dirige hacia y culmina en la adaptación de la vida en la tierra a los ideales humanos.

Este mundo del sentido, esta verdad que el hombre crea y que se muestra en que se hace verdadero lo que antes no lo era, supone la interioridad, porque verdad y sentido no existen sin un sujeto que los viva. Esta espiritualización del mundo, por otra parte, constituye no sólo el fin y el sentido de la vida del hombre, sino que también, desde el punto de vista humano, el sentido de todo el proceso universal, aun cuando ignoremos si éste es realmente su verdadero sentido o, incluso, si es que tiene alguno en su conjunto.

Así, pues, el concepto de verdad que Keyserling nos propone no tiene “nada en común con la exactitud científica ni con la veracidad empírica”<sup>3</sup>, identificándose, en cambio, con el de la realización del sentido, y este último, con un proceso de espiritualización. El espíritu es, pues, primariamente, sentido, y la verdad se crea al realizarlo.

## 2. *Naturaleza del conocimiento*

Deduzcamos ahora, a partir de este concepto de verdad, la posición de Keyserling con respecto al conocimiento, lo que nos llevará, a su vez, a analizar la configuración que atribuye a lo real.

Nos dice: “el conocimiento no es necesaria ni esencialmente un proceso racional. Toda reacción adecuada, desde el punto de vista vital, es un proceso de naturaleza idéntica a la de aquél que designamos con el nombre de conocimiento”<sup>4</sup>. Como ejemplo de ello, menciona los procesos orgánicos de adaptación y asimilación que implican, para que el individuo pueda subsistir, los mismos elementos que los procesos racionales, vale decir “determinación exacta de los hechos, discriminación precisa de lo esencial y lo inesencial, planteamiento determinado del problema y solución exacta desde el punto de vista de quien lo plantea”<sup>5</sup>.

Al hacer esta comparación, Keyserling no pretende negar o disminuir el valor de conocimiento de la comprensión intelectual, ni de la definición conceptual, sino mostrar que ellas no constituyen sino una especie particular de conocimiento entre las varias posibles.

Es éste un punto interesante de destacar, porque a menudo se ha caracte-

<sup>3</sup>399.

<sup>4</sup>261.

<sup>5</sup>261.

rizado a las tendencias vitalistas, quedando Bergson y Keyserling incluidos en ellas, como tendencias irracionalistas. Yo me pregunto hasta dónde es adecuada esta caracterización, porque no me queda claro si postular la razón como omniabarcante es o no más racional que reconocer en ella ciertas limitaciones. Esto último es, precisamente, lo que Bergson y Keyserling hacen: plantear que la razón no abarca, necesariamente, todo el espectro de lo cognoscible y que, por lo tanto, no agota las posibilidades cognitivas del hombre. Dicha posición no involucra, pues, a mi juicio, un menosprecio de la razón, ni un desconocimiento de su valor, sino el reconocimiento de otras facultades humanas que se han visto menoscabadas por la búsqueda unilateral de la comprensión intelectual.

Entre estas otras especies posibles de conocimiento se cuentan aquellos derivados de la sensibilidad, la intuición y el sentimiento, funciones todas que, aunque obedecen a leyes distintas de las de la lógica, ostentarían la calidad de medio de conocimiento, con igual derecho que el intelecto.

Siendo esto así, la superioridad intelectual no sería lo único que distingue al hombre del animal. Por lo tanto, la intelectualidad, por sí sola, no bastaría para definirlo esencialmente; junto a ella estaría la superioridad emotiva, definiéndose el hombre y experimentándose a sí mismo, tanto o más que como animal cogitativo, como animal sensitivo.

### 3. Estructura de la realidad

Ahora bien, si Keyserling distingue estas dos formas posibles de conocimiento, es porque reconoce también dos zonas diferentes de la realidad a las cuales ellas se adecúan.

A la manera de Bergson, cuyo pensamiento nos evoca al hablarnos de las dos formas de conocimiento, plantea la existencia de dos tipos de orden, el orden racional y el orden emocional.

Nos dice: "Bergson está en lo cierto: el intelecto está adaptado en primera línea a lo inanimado" (donde imperaría el orden racional). "Por extraño que sea", continúa, "es cierto que las leyes del intelecto, la lógica y la matemática, son susceptibles de una adaptación inmediata a lo que según nuestras nociones está muerto, no permitiendo, en cambio, seguir con el pensamiento la trayectoria de la vida" (En la que imperaría el orden emocional)<sup>6</sup>.

El orden emocional se expresa, según Keyserling, no en la incondicionalidad de las leyes, ni en la permanencia de los estados, ni en la continuidad

<sup>6</sup>276.

general, características todas del orden racional que el intelecto exige y cree descubrir en la naturaleza, sino en la “cohesión natural de lo contiguo”<sup>7</sup>.

Así, en el nivel humano, el orden emocional se pone de manifiesto en el “vínculo natural entre los afines”, que precede a todo lo que llamamos “orden” dentro de una sociedad de organización compleja.

El círculo íntimo constituye, pues, la célula del orden emocional, el cual abarca una serie progresiva que, partiendo de las familias y amistades, pasa por conglomerados cada vez más amplios hasta llegar a hacer extensivo a los pueblos el vínculo de afinidad. En todo caso, éste es más solidario y el orden emocional que en él se expresa más coherente, cuando se trata de círculos estrechos e íntimos.

#### 4. *El objetivo del conocimiento*

Al existir dos órdenes en lo real y dos formas de conocimiento que a ellos se adecúan, cada una de éstas tendría un objetivo concordante con su naturaleza específica. El conocimiento intelectual, adaptado al orden racional o de lo inerte, tendría como objetivo la comprensión del mundo de la experiencia, buscando someter la naturaleza inorgánica a la ley de la voluntad humana. El conocimiento que tiene por base a la emoción tendría, en cambio, como objetivo, el otorgamiento de sentido y, mediante ello, la adaptación de la vida en la tierra a los ideales humanos.

Entre ambos conseguirían espiritualizar el mundo, vale decir, sujetarlo a fines humanos, imponiendo al mundo exterior las leyes del mundo interior al crear la verdad, en el sentido de Keyserling, de hacer verdadero lo que antes no lo era, de hacer valioso moral y estéticamente lo que antes tenía la neutralidad de la naturaleza no asumida por la conciencia.

Esto siempre y cuando se mantenga entre ambos el debido equilibrio. El orden emocional que es el orden propio de la vida, es el llamado a imponer sus normas sobre el orden racional, propio de lo inanimado. El intelecto no puede, pues, absolutizarse en desmedro de la emoción, si no es a riesgo de otorgar supremacía a lo inanimado y a sus leyes o, lo que es lo mismo, a riesgo de invertir el proceso de espiritualización, fin y sentido de la vida del hombre, introduciendo la deshumanización.

#### 5. *La cultura de la verdad*

Y esto nos lleva al análisis que hace Keyserling del problema del mundo occidental.

Para él la raíz de dicho problema reside en un intelectualismo exacerbado. Se trata de un mundo cuya cultura se apoya en un ideal de conocimiento tendiente a “comprender el mundo de la experiencia tal cual es”<sup>8</sup>. Una cultura, por lo tanto, que tiene por norte el “descubrimiento” de una verdad exterior y no la “creación” de una verdad humana.

Keyserling la llama “cultura de la verdad”, porque según él, nunca antes se atribuyó, como ahora en Occidente, un valor tan absoluto y exclusivo a la investigación de la verdad. Muy por el contrario, nos dice, en Europa, antes de la *aufklaerung*, la verdad lejos de ser investigada era cosa “dada”, impuesta por unos y creída por otros. En Oriente, por otra parte, en la India por ejemplo, encontramos lo que podríamos llamar una “voluntad de verdad” tendiente a la consecución de un modo de ser de suprema espiritualidad, muy diferente, por lo tanto, de lo que en Occidente se entiende hoy por conocimiento de la verdad. Finalmente, afirma Keyserling, “la mayor parte de la alta intelectualidad de todos los tiempos ha actuado” en procura de un fin que era “sin excepción apenas, ‘aportar al mundo un mundo nuevo’, según dijo Goethe”<sup>9</sup>, y no en procura de una verdad puramente intelectual.

Ahora bien, esta “cultura de la verdad”, cuyo espíritu es la ciencia, conocimiento intelectual en el sentido de Bergson y en el de Keyserling, junto con dar al hombre el dominio sobre la naturaleza, ha deshumanizado su mundo. Lo ha deshumanizado porque al pretender exclusivamente comprender el mundo de la experiencia tal cual es, vale decir, al absolutizar una de las formas de conocimiento y su objetivo, ha olvidado que el espíritu tiene como misión imponer al universo sus propias relaciones, conferirle un sentido, llegar a ser, incluso, su última instancia. Lo ha deshumanizado, porque al otorgar supremacía al intelecto en desmedro de la emoción, junto con someter la naturaleza a la ley de la voluntad humana, al olvidarse del sentido, ha permitido que este dominio exterior se traduzca en la imposición de las normas de lo inanimado sobre las normas de la vida, en el desplazamiento del orden emocional por el orden racional.

Este desplazamiento del orden emocional se pone de manifiesto en la desarticulación de las comunidades humanas que constituyen su núcleo, aquellas fundadas en “el vínculo natural entre los afines”. Como consecuencia, el prójimo ha sido suplantado por “el vecino inevitable, o sea el mundo humano circundante que, por el triunfo de la técnica sobre el tiempo y el espacio, cerca ceñidamente al individuo y le asalta inevitablemente”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup>232.

<sup>9</sup>232.

<sup>10</sup>283.

Como el prójimo no existe ya, el mandamiento de amor a él, según Keyserling, “expresión maravillosamente clara de normas de conducta y de salvación puramente condicionadas por el sentimiento”<sup>11</sup>, ha sido traducido, dentro del orden racional imperante, como “amor a la humanidad”, haciéndose así inoperante, pues los sentimientos carecen de acción a distancia.

Esta “cultura de la verdad”, en su afán unilateral de comprender la experiencia tal cual es, en su búsqueda exhaustiva de una verdad exterior, ha puesto de manifiesto el sin sentido y la neutralidad valórica del orden puramente racional, el único por ella reconocido. Ha hecho, en consecuencia, de los hombres que de ella se nutren, seres sin norte, rudos, crueles, violentos, insensibles a la belleza, incapacitados para amar.

#### 6. *La cultura de la belleza*

Nuestro autor ve una sola solución para el problema del mundo occidental: el reemplazo de la “cultura de la verdad” por una “cultura de la belleza” que nos reintegre en el orden de la vida, a partir de sus verdaderas raíces, la sensibilidad y la emoción. Una cultura capaz de supeditar el dominio sobre la naturaleza inorgánica a fines humanos, capaz de otorgar supremacía a lo interior sobre lo exterior, a lo vivo sobre lo inanimado, cumpliendo así el sentido de la vida humana al otorgarlo al universo.

“Cultura de la belleza”, porque por contraposición a la “cultura de la verdad”, aspiraría a la creación de una nueva realidad cósmica mediante la atribución de un sentido, del que antes carecía, al proceso universal; con este mismo acto, la neutralidad valórica de la naturaleza no asumida por la conciencia quedaría revestida de valor y armonía.

¿Que no tendríamos así una visión objetiva del mundo? pero es que Keyserling afirma que “desde el punto de vista de todo ser vivo, ‘el’ mundo es lo que a él mismo le afecta, y que para cada tipo se trata de un mundo particular y único que a nada puede ser reducido ni de nada derivado”<sup>12</sup>. Por lo tanto, según él, la subjetividad no puede ser eliminada del conocimiento y, más aún, lejos de constituir un obstáculo, es su condición necesaria e insalvable. En consecuencia, ya que necesariamente nos relacionamos con un mundo particular y único, en vez de pretender liberarnos del antropocentrismo, nuestra tarea residiría en penetrar ese universo, conscientemente, de sentido humano, haciendo realmente del hombre su última instancia.

El reemplazo de la “cultura de la verdad” por la “cultura de la belleza” no implicaría un abandono o menosprecio de las conquistas del intelecto, sino su humanización. El objetivo sería “edificar, sobre la base y dentro del contorno del nuevo estado superior creado por la razón, un nuevo mundo interior determinado por el alma”... “un mundo no de pretendido amor a la humanidad, sino de verdadero amor al prójimo”<sup>13</sup>. En él, el “vínculo natural entre los afines”, las células del orden emocional, los círculos íntimos, deberían jugar un papel decisivo.

## II. AMÉRICA LATINA Y CONTINENTE DE LA ESPERANZA

Con esto damos por terminada la exposición de aquellos aspectos del pensamiento de Keyserling, contenidos en sus “Meditaciones Suramericanas” que, unidos al análisis que él hace de las características de nuestro continente, lo llevan a afirmar que “las posibilidades de la moderna civilización ibérica cuentan entre aquellas cuya realización ha de precisar la humanidad entera en el curso de los próximos siglos”<sup>14</sup>.

Veamos, pues, cuáles son las características de Latinoamérica que para él constituyen una promesa, en vistas a la creación de una nueva cultura integral.

### 1. *La relación de sangre y tierra*

Consideremos, en primer lugar, su exposición respecto a las razas sudamericanas.

Sus reflexiones surgen una tarde, al regresar a Sao Paulo desde una hacienda de café. Nos dice: “encontré en el camino un famoso rebaño de raza modelo. Pero no integraba una sola raza: todas las razas vacunas subsistentes, desde la vaca normanda hasta el zebú indio, e iban representadas en él”. Esto le trae al recuerdo la afirmación del mejicano José Vasconcelos acerca de que “la ‘raza cósmica’ que habría de producir, como expresión suprema de una humanidad posible ‘el hombre integral’, habría de surgir de la mezcla de todos los pueblos hasta ahora existentes. Y como la población de suramérica es la más mezclada del mundo, habría de ser allí donde la humanidad consumaría su destino”<sup>15</sup>.

<sup>13</sup>284

<sup>14</sup>8.

<sup>15</sup>96.

Keyserling, coincidiendo con Vasconcelos en cuanto a que Sudamérica encarna la esperanza de la humanidad actual, y sin ignorar la posible importancia de la mezcla de razas, pone el acento en otros aspectos.

Para él, más importante que la mezcla de sangres en sí misma, es el resultado de dicha mezcla, vale decir, el que de ella surja o no un equilibrio favorable.

Ahora bien, este resultado depende en parte de las razas involucradas, pero depende también de la tierra, del paisaje en cuyo seno la mezcla se produce. Porque “todo ser vivo se adapta a lo que le rodea o es modelado por ello” y “la extrema variabilidad y la sensibilidad especial del hombre hacen que este fenómeno alcance en él un grado máximo”. Por lo tanto, al hacer el análisis de los resultados de una mezcla de razas, “a la larga”, se nos “ofrece siempre como último dato, una síntesis de sangre y tierra”<sup>16</sup>.

## 2. *El predominio de la tierra*

En el caso de nuestro continente, afirma Keyserling, en esta síntesis primó la tierra. Porque el español es un hombre que se caracteriza por ser, más que ningún otro, lugareño, hijo del paisaje en el que habita. De manera que, como “el acento recaía sobre la tierra, toda sangre mezclada se igualó con máxima rapidez a la originalmente autóctona”<sup>17</sup>. Así, el conquistador europeo al enraizarse en el paisaje, se transforma, haciéndose en él determinante la tierra nueva.

Porque “cuanto más arraigado está el hombre, más converge su modalidad de vida con la de las plantas, indudablemente entretejida con su mundo circundante”... “De las impresiones emanadas de ese mundo circundante nacen sensaciones que se transforman en sentimientos. Estos últimos se adhieren al contorno, al cual son adecuados”, identificándose con él, para luego reaccionar sobre el hombre reforzados, hasta que, finalmente, “surge efectivamente, un alma del paisaje, la cual depende desde luego, de los hombres particulares que lo habitan; pero que, una vez dada, conforma desde un principio, en calidad de atmósfera psíquica, a todo indígena y se apodera del inmigrante”<sup>18</sup>.

Surge así un mestizaje, que tiene más de indio que de europeo, sean cuales sean los rasgos étnicos aparentes en la superficie, porque lo determinante es la tierra.

<sup>16</sup>106.

<sup>17</sup>107.

<sup>18</sup>104.

Por otra parte, esta misma orientación telúrica de los españoles, que hizo posible el predominio del alma del paisaje sobre la sangre, que en su tierra natal se traduce en particularismo y regionalismo, impulsó la división del imperio colonial luego de las guerras de la independencia. Las peculiaridades del paisaje en las distintas regiones del continente, configuraron luego pobladores anímicamente diferenciados.

### 3. *Antigüedad y modernismo*

Sin embargo, estos pueblos latinoamericanos, realmente diferentes entre sí en sus modalidades anímicas, comparten ciertas características que permiten, según Keyserling, agruparlos en un destino común. Su pasado, como pueblos colonizados por los blancos, no se extiende más allá de la colonización; han unido, pues, sus voces al coro de la historia en otro momento que Europa, teniendo por ello derecho a usar una medida del tiempo distinta. “Tienen otro punto de inserción en el devenir universal, y de ello resulta una melodía fundamentalmente diferente, pues el peso específico de los mismos acontecimientos es distinto para el Nuevo Mundo que para el Antiguo”<sup>19</sup>. Porque el nacimiento en un determinado momento del tiempo crea una barrera más allá de la cual no hay nada que encierre una significación personal, de manera que, hasta cierto punto, la vida se inicia de nuevo con cada generación.

En esta forma, si el arraigo del español a la tierra, que permitió el predominio del alma del paisaje, determinó la convergencia de los pueblos latinoamericanos hacia la antigüedad indígena, su nacimiento tardío los enlaza en el tiempo, a la Europa de la Revolución Francesa. De modo que, la orientación telúrica compartida y la natividad común configuran una síntesis única de lo antiguo y lo moderno, de la que resulta “una actitud, un porte y una modalidad de vida fundamentalmente distintas de las europeas, y con ello un destino diferente”<sup>20</sup>.

Veamos ahora, más de cerca, en qué se traducen estas diferencias.

### 4. *Primacía de la sensibilidad*

La orientación telúrica del latinoamericano, su arraigo en la tierra, que según Keyserling, lo configura anímicamente de acuerdo al paisaje, lo liga a la antigüedad indígena, cercana a las fuentes de la vida primordial. Por eso llama a nuestras tierras “el Continente del Tercer Día de la Creación”.

Ahora bien, las cualidades esenciales que él atribuye a esa vida primordial, sin las cuales la “mónada animada” no habría podido defenderse del embate del mundo exterior, son la sensibilidad y la irritabilidad. Ellas debieron primar, también, en el hombre primitivo por sobre cualquier otra característica para que la especie pudiera mantenerse en la tierra. De manera que, afirma, “cuanto más hondamente impresa muestra un hombre la huella de condiciones primitivas, más exclusivamente vive para la sensibilidad y de la sensibilidad”<sup>21</sup>. Y estas son, precisamente, las características que él atribuye al latinoamericano. Nos dice al respecto: “la imagen global que nos ofrece el estado de alma suramericano es la de un perpetuo estar a la defensiva, una desconfianza absoluta y una disposición a darse por ofendido, cuando no a vengarse. Lo que allí reina es el miedo primordial, exacerbado hasta una suprema hiperestesia del tacto”<sup>22</sup>. Vida, pues, en este sentido primitiva, en la que la sensibilidad es el motivo fundamental.

Por otra parte, este primitivismo, precisamente porque se traduce en una sensibilidad exagerada, trae aparejados un refinamiento y una delicadeza que sólo pueden darse donde la susceptibilidad, el temor de lo que hiere y desagrada, tiene primacía.

##### 5. *La gana*

Hay otra característica latinoamericana que, lo mismo que la susceptibilidad, deriva, según Keyserling, del primitivismo originado en la orientación telúrica. Se trata de la “gana”, y para exponerla partiremos de un pequeño incidente del que nos da cuenta en sus “Meditaciones Suramericanas”.

Estando un cierto día en la Argentina, se disponía a jugar un partido de tenis con una dama. Cerca de la cancha estaba un niño que los observaba con grandes ojos melancólicos. Al proponerle ellos que les recogiera las pelotas, ofreciéndole por este menester una buena recompensa, los miró, acentuándose aún más la melancolía de su ojos, y les dijo: “no puedo”. Al preguntarle Keyserling por qué, habiéndose formado ya seguramente en su mente europea todo un cuadro desgarrador en respuesta, el niño contestó: “porque no tengo gana”.

Fuertemente impactado, nuestro autor usa la anécdota para caracterizar la actitud latinoamericana. Para él la “gana” es la forma primordial de toda tendencia vital; es un impulso ciego que constituye el elemento propio y absolutamente autónomo de la vida, en cuanto es esencialmente indepen-

<sup>21</sup>207.

<sup>22</sup>209.

diente del mundo exterior, puesto que no responde en absoluto a ninguna forma de adaptación. Dice de la “gana” que “es a la vez, la más fuerte de las fuerzas y la más débil de las debilidades, poder elemental e impotencia al mismo tiempo”<sup>23</sup>.

Poder elemental y la más fuerte de las fuerzas, porque es la primera en oponerse al orden mecánico de lo inanimado y la primera en sustraerse a su imperio. Impotencia y la más débil de las debilidades, porque sustrayendo al ser vivo del orden mecánico, lo esclaviza a una fuerza que frente a ese orden es autónoma, pero que el ser vivo aún no maneja, quedando así sujeto al imperio de su capricho intermitente. Esclavitud, por lo tanto, que por implicar un triunfo sobre el automatismo, aunque en un comienzo sólo se diferencie de la sujeción a éste por su discontinuidad, constituye la base de la libertad.

Así, pues, siendo la “gana” la forma primordial de toda tendencia vital, está directamente ligada a la sensibilidad, característica propia de la vida primitiva, y constituye el núcleo a partir del cual se desarrollan las emociones, los sentimientos y el orden emocional en su conjunto.

Por ser América Latina el continente de la “gana”, es también aquel donde impera, como en ningún otro, el orden emocional. De aquí, nos dice Keyserling, el desorden que reina en la vida sudamericana, desorden que “es el propio de los comienzos vitales de todos los pueblos”. Porque “la vida conforme a la gana es, en su apariencia exterior, discontinua e incoherente” y “en cada caso particular se manifiesta como una melodía cualitativamente diferenciada y herméticamente cerrada. Por ello toda temprana coexistencia humana no comienza en forma de amplias comunidades, sino de comunidades reducidas, que no quieren saber nada de las otras”<sup>24</sup>. Este particularismo, propio de la vida primitiva, es el que se pone de manifiesto en la hostilidad y el recelo que caracterizan las relaciones entre las distintas naciones latinoamericanas. “Pero tales unidades ciegas y exclusivas son los únicos cimientos posibles de toda civilización ulterior”<sup>25</sup>. Porque como conservan sus raíces sumergidas en la vida primordial, sus fuerzas vitales no se hallan debilitadas o degeneradas, teniendo, por lo tanto, más porvenir terrestre que otros pueblos mejor organizados por el intelecto, pero desarraigados por una relación con la tierra que es de mera explotación.

<sup>23</sup>163.

<sup>24</sup>186.

<sup>25</sup>198.

## 6. *El continente de la esperanza*

Latinoamérica es, pues, según Keyserling, un continente que vive de la sensibilidad y para la sensibilidad. Consecuentemente, presenta una carencia de intelectualidad que, desde su punto de vista, es justamente lo que la constituye en promesa para una humanidad que sufre las consecuencias de una cultura cuyos ideales han desplazado los valores afectivos.

Por su convergencia hacia lo indio, por su primitivismo en el sentido de cercanía a la vida primordial, nuestra América debería dar origen, nos dice el autor, a una civilización de orientación telúrica, vale decir, estructurada en torno al orden emocional, de gran profundidad.

Por el momento, sin embargo, nuestro continente está aún inacabado; demasiado joven como para haber descubierto ya su genio específico, vive de prestado, revistiéndose con intelectualismos ajenos que, al no coincidir con su propia estructura, le sientan como un disfraz. Da, en consecuencia, el hombre latinoamericano, la impresión “de no hallarse sino a medias creado, de ser aún materia prima o un mero esbozo de la naturaleza”<sup>26</sup>.

Con todo, han surgido ya en América Latina los primeros indicios de una concepción autóctona y original del universo, basada como ha de ser la cultura que de ella nazca, en la primacía de la sensibilidad y de la delicadeza. Cita Keyserling como ejemplos, al argentino Leopoldo Lugones y al mejicano José Vasconcelos; atribuye a Lugones el mérito de haber sido el primero en distinguir netamente entre las culturas determinadas por la verdad y aquellas basadas en la belleza, postulando para su país una cultura de este último tipo. Considera al segundo como el pensador más representativo en nuestro medio, por su aspiración a cimentar la futura civilización integral que él espera, en el placer y en el antojo. Representativo, porque sabe descubrir las verdaderas raíces del genio latinoamericano: la sensibilidad y la “gana”; pero también porque “típicamente latinoamericano, rechaza toda disciplina y toda ascesis..., toda consecuencia y todo sentimiento puro de los valores”<sup>27</sup>.

Keyserling resume las limitaciones de Vasconcelos, que para él se identifican con las debilidades y flaquezas de Latinoamérica en general, diciendo que “intenta eludir el espíritu, espera alcanzar las más altas cimas partiendo sólo de la sensibilidad”, en circunstancias que “para que la cultura nazca, tiene que reinar el espíritu”<sup>28</sup>.

<sup>26</sup>38.

<sup>27</sup>227.

<sup>28</sup>228.

Pareciera así, que el predominio de la sensibilidad sobre el intelecto que Keyserling cree descubrir en la vida latinoamericana, constituiría, a sus ojos, condición necesaria pero no suficiente para el nacimiento de una “cultura de la belleza”.

Condición necesaria, porque la “cultura de la belleza” no podrá surgir jamás si no es sobre la base del orden emocional, de la preeminencia de las normas interiores sobre las leyes exteriores. Condición no suficiente, porque la sensibilidad pura se enraíza en la “gana” y ésta, “poder elemental e impotencia al mismo tiempo”, si bien establece la demarcación entre el orden de lo vivo y el orden de lo inerte, determina una vida que es como un fluir ciego de melodías intermitentes que nacen cuando el impulso interior se despierta, sólo para morir con él.

Estas melodías propias de la gana, cuya caprichosa intermitencia las mantiene en el ámbito del sin sentido, sólo llegarán a constituir fundamento sólido para la creación de una cultura cuando su ciego fluir sea esclarecido por la luz de la visión interior. En esto consiste, precisamente, para Keyserling, el advenimiento del espíritu, en el despertar de la visión interior. El orden emocional, hasta ese momento oscuro, confuso y caótico, al ser iluminado se ordena y pone de manifiesto un sentido que, o estaba en él implícito a la espera de ser descubierto, o lo recibe de la misma luz que lo esclarece. Tal como la luz física hace surgir los contrastes entre claridad y sombra, la luz espiritual destaca valores positivos y negativos en un ambiente hasta entonces neutro. Así, el orden emocional, en su condición ciega de vida primordial, es esencialmente amoral: para el hombre que tiene su centro en la emoción el mundo humano termina donde se disipa el “vínculo natural entre los afines”, vale decir, donde se extingue el círculo familiar o de amistad. Iluminado por el espíritu, en cambio, es la matriz de la moralidad y, por lo demás, del amor y del sentido, por cuanto dentro de él, lo único posible “es vivir en función de otros, para otros, por otros y hacia otros”<sup>29</sup>.

El advenimiento del espíritu se identifica, pues, con el surgimiento del sentido, el espíritu “es” sentido y, como tal, “no existe sino en relación con un sujeto que lo viva”<sup>30</sup>.

En esta forma, contrariando el supuesto imperante en el mundo occidental que enlaza espíritu e intelecto, considerando a éste como el único continente posible para aquél, “el espíritu” podría “infundir un alma a todos los estratos y a todos los órdenes de la vida humana”<sup>31</sup>. Esta espiritualización de

<sup>29</sup> 290.

<sup>30</sup> 336.

<sup>31</sup> 346.

la sensibilidad y del orden emocional en su conjunto, reviste gran importancia desde el punto de vista de Keyserling, porque según él, “ni el ideal del amor, ni el de la bondad, ni el de la belleza, ni siquiera el de la verdad como un estado del ser, pueden ser realizados partiendo de la razón”<sup>32</sup>. Porque amor, bondad, belleza y verdad son características valiosas del orden de la vida que, como tales, más que pensadas, tienen que ser intuitivas o vividas en función de un sentido descubierto o creado por quienes tienen ojos para ver, vale decir, por quienes no están aún unilateralmente determinados por el intelecto que, esencialmente adecuado al orden de lo inerte, es incapaz de penetrar la trayectoria de la vida.

Así, para que América Latina pueda cumplir la misión que Keyserling le atribuye, la de devolver al mundo occidental el espíritu que ha perdido por su intelectualización excesiva, deberá primero parir su propio espíritu, extrayendo de su entraña emocional un sentido que configure un universo nuevo.

Para ello, tendría que ser capaz de domeñar y superar la “gana” en lo que tiene la debilidad e impotencia, para desarrollar su fuerza y su poder. Transformar su susceptibilidad pasiva que, como observa Keyserling, se traduce en un vivir a la defensiva evitando lo que hiere y desagrada, en una susceptibilidad activa que cree lo bello y lo bueno en su entorno. Superar, pues, la “gana” en lo que tiene de inercia, de esclavitud ante una fuerza que, si bien es interior, determina la conducta en forma casi mecánica. Pasar, entonces, del ciego fluir que es la vida de la gana, al caminar consciente hacia el destino elegido arrastrando al mundo tras de sí, que es la vida del espíritu. Convertir así, la libertad en germen contenida en la “gana”, en la libertad plena del espíritu que en ella puede encarnarse cuando la ilumina el sentido.

Nuestro continente tendría, pues, que asumir su vida inmersa en el orden emocional, vivida hasta ahora conforme a la caótica intermitencia de la “gana”, transformándola en cosmos al esclarecerla con la luz emanada de la intuición, que no otra cosa es la visión interior, de su propio sentido. Intuición que sería a la vez, descubrimiento y creación, y que al iluminar el orden emocional haciendo surgir los contrastes de luz y sombra, permitiría que destacaran, luminosos, los ideales del amor, de la bondad, de la belleza y de la verdad interior.

Así, pues, para que el espíritu descienda sobre América Latina, tendría ésta que desentrañar su sentido, demostrándose capaz de un “conocimiento creador”. Pero ¿cómo dar a luz el propio espíritu, cómo intuir nuestro sentido si aún desconocemos lo que somos?

Recordemos que al iniciar nuestras reflexiones decíamos que la “sabiduría” tiene más puntos de contacto con el arte que con la ciencia, porque ella, como aquél, es creación interior, mientras ésta es descubrimiento exterior. Si esta afinidad existe, sería quizás posible que nuestros pueblos escudriñaran en su poesía, en su pintura, en su escultura, en la intuición estética de sus raíces, el punto de partida para la intuición del sentido que ha de estructurar la cosmovisión americana. En cierta forma, sería como analizar la propia configuración que está allí, latente, a la espera de ser vertebrada en un destino cuyo esbozo constituiría, precisamente, la labor de nuestra “sabiduría”.

Entonces, una vez domeñada la gana, una vez creada su propia “verdad”, la que permitiría organizar las distintas manifestaciones culturales en un cuerpo unitario pleno de significado, estaría, quizás, América Latina en condiciones de ofrecer una visión diferente del mundo exterior, que lo hiciera realmente diferente. Podría, quizás, crear una nueva posibilidad cósmica al constituir al hombre y a los valores humanos en el verdadero sentido del proceso universal en su conjunto. Podría, quizás, finalmente, crear la “cultura de la belleza”, de la sensibilidad, la emoción y el sentimiento, por contraposición a la “cultura de la verdad”, a la cultura del intelecto, responsable de acuerdo a nuestro análisis, de la mecanización y consecuente deshumanización del mundo occidental.

En esto, nada más y nada menos, residiría la promesa del “Continente de la Esperanza”. En palabras de Keyserling, “aquí yace la magna significación posible de la humanidad que puebla el continente suramericano. Merced, precisamente, a su falta de intelectualismo y a su primitivismo, originalmente refinado sin embargo, puede producir por primera vez después de tiempos dilatados, una cultura exclusivamente basada en la Belleza que, sirviendo de polarizador al resto del mundo entregado a una intelectualización sin tregua ni medida, señalaría a los hombres todas nuevas posibilidades y nuevos caminos”<sup>33</sup>.